



ANÁLISIS INTERNACIONAL

SUDÁN: JAQUE AL PROCESO DEMOCRÁTICO

Las Fuerzas Armadas de Sudán y las paramilitares Fuerzas de Apoyo Rápido se enfrentan en un conflicto que amenaza la estabilidad de toda la región

«**N**O es la guerra del pueblo sudanés, sino una lucha entre algunos generales por la riqueza y el poder», sentencia Abdelaziz Sakin, el escritor más leído y popular de Sudán, exiliado en Austria desde 2012. Sin duda, estos son los verdaderos parámetros que subyacen bajo los enfrentamientos que, el pasado 15 de abril, estallaron en la capital Jartum entre las facciones armadas que respaldan a las dos máximas autoridades del país: el pre-

sidente del Consejo de Transición —general Abdel Fattah al-Burhan, jefe de las Fuerzas Armadas de Sudán (SAF)— y el vicepresidente Mohamed Hamdan Dagalo (alias *Hemedti*), líder del grupo paramilitar Fuerzas de Apoyo Rápido (RFS).

Ahora, su pretérita rivalidad ha desencadenado en un conflicto sangriento e incierto, que devuelve al país africano al escenario de violencia y guerra en el que ha vivido su población desde su emancipación del poder colonial británico. La historia soberana de Sudán —el tercer país

más grande África (1,8 millones de km²) y con una población estimada superior a los 45 millones de habitantes— es una sucesión de gobiernos militares y golpes de Estado (hasta 16, entre exitosos y fallidos), envuelta en un contexto bélico de extrema violencia que se ha extendido hasta los lugares más recónditos del país, siempre alentado desde Jartum. De hecho, el día de la independencia —1 de enero de 1956— fue también el del inicio de la guerra contra los grupos rebeldes secesionistas de la región meridional que, tras



Mohamed Abu Obaid/EFE

La historia de Sudán ha estado marcada por las guerras y la inestabilidad. En la foto, un sudanés enarbola su bandera tras el golpe de Estado de octubre de 2021.



UN PAÍS CASTIGADO POR LA HISTORIA



- **Extensión:** 1,8 millones de kilómetros cuadrados
- **Población:** 45 millones de habitantes (24 habitantes por km²)
- **Religión:** musulmanes sunitas 70%; animistas 20% cristianos 5%
- **Idioma materno:** árabe 49,4%; dinka 11,5%; lenguas nubias 8,1%; beja 6,4%; nuer 4,9%;
- **Fuerzas Armadas:** 200.000 efectivos
- **Fuerzas de Apoyo Rápido (paramilitares):** entre 100.000 y 150.000 efectivos
- **Economía:** Sudán ocupa el puesto 102 por volumen de PIB. Su deuda pública en 2021 fue de 55.152 millones de euros (el 187,9 por 100 del PIB), siendo el segundo país del mundo con mayor endeudamiento

LOS LÍDERES DEL CONFLICTO



General Abdel Fattah al-Burhan

Graduado en la Academia Militar de Sudán (1991), al-Burhan combatió en el conflicto de Darfur y en la guerra secesionista del sur de Sudán. Fue comandante regional en Darfur, inspector general del Ejército y, en 2018, Al Bashir le nombró comandante de las Fuerzas Terrestres del Ejército. En 2019, en medio de las revueltas sociales, fue elevado al rango de teniente general y nombrado jefe de las Fuerzas Armadas de Sudán. Finalmente, tras decretar el encarcelamiento de Al Bashir y acercarse a los líderes sociales, fue designado presidente del Consejo Soberano de Sudán (gobierno civil-militar de transición). En octubre de 2021 lideró, junto a *Hemedti*, el golpe militar que acabó con el proceso de transición civil-militar. Desde entonces, es el presidente del Consejo de Soberanía de Transición.



General Mohamed Hamdan Dagalo (Hemedti)

En 2003, Hemedti se convirtió en combatiente de la milicia árabe sudanesa *Janjaweed* en Darfur, donde ascendió hasta convertirse en el mayor opresor de las tribus negras en la región. A pesar de ello, no está entre los acusados de genocidio por la Corte Penal Internacional. En 2013, formó las paramilitares Fuerzas de Apoyo Rápido; y el Al Bashir le concedió total autonomía para garantizar el contrapeso a las Fuerzas Armadas de Sudán, así como el control de las minas de oro en Darfur, lo que le ha convertido en una de las personas más ricas de Sudán. Durante la revolución social de 2019, *Hemedti* se unió a al-Burhan para deponer a Bashir y apoyó el proceso de transición democrática. Tras el golpe de Estado en 2021, al-Burhan le nombró vicepresidente del Consejo de Soberanía de Transición.

cinco décadas y dos millones de muertos, concluyó con la fundación de Sudán del Sur en 2011. A principios del siglo XXI, bajo la férrea dictadura del general Al Bashir desde 1989, en Sudán se libraba una guerra total: al conflicto en el sur se unían las revueltas violentas en Port Sudan y Kordofán, mientras que la región de Darfur era devastada por un genocidio ordenado y liderado por el propio Al Bashir, como sentenció la Corte Penal Internacional en el año 2010.

Por entonces, nada parecía presagiar el final del régimen sudanés que, además, pretendió su legitimación a través de unas elecciones fraudulentas en 2010. Sin embargo, y contra todo pronóstico, una revolución pacífica de la sociedad en 2019 —bien organizada por distintas asociaciones profesionales, y conocida como la *revuelta del pan*— consiguió doblegar al férreo aparato de seguridad sudanés, que decretó el ingreso en prisión del dictador. Se abrió entonces un periodo de relativa esperanza y expectación dentro y fuera del país, en el que un gobierno cívico-militar —consensuado por las partes— asumió la

responsabilidad de transitar con el pueblo sudanés hacia la democracia. Sin embargo, la convulsa transición política se cortó de raíz en octubre de 2021, tras una doble asonada militar dirigida por los dos generales más poderosos de Sudán.

Por un lado, al-Burhan, que ya lideraba el Consejo Soberano; y, por otro, *Hemedti*, el temido paramilitar que dirigió la masacre de Darfur en 2003 al frente de los milicianos árabes *janjaweed* y uno de los hombres más ricos del país. Ambos, instituidos como principales autoridades de Sudán por el poder de las armas, se comprometieron a mantener el proceso

de transición hasta celebrar elecciones en abril de 2023, que fueron sistemáticamente aplazadas; y también a unificar sus fuerzas —el ejército de Sudán y las RFS, que en 2015 se incorporaron al aparato coercitivo del régimen de Al Bashir— en una sola institución nacional. Poco después, la compleja e incumplida integración de las RFS en el ejército nacional se convirtió en el principal motivo de confrontación e hizo evidente que ninguna de las partes estaba dispuesta a permitir la democratización de Sudán sin preservar el poder y el control de los recursos que les proporcionaba un sistema tirano y corrupto, dirigido por los

A mediados de abril Jartum se convirtió en epicentro de un duro enfrentamiento que se ha extendido al resto del país

militares y financiado por la ingente riqueza —principalmente minas de oro y, hasta la independencia de Sudán del Sur, pozos de petróleo— del país.

RIVALIDAD Y GUERRA

El 15 de abril, Jartum amaneció sumida en el caos provocado por los incesantes bombardeos y las trifulcas violentas entre ambas fuerzas, que se venían fraguando en las semanas previas. La capital de Sudán se convirtió en el epicentro de un conflicto que ya se extiende por gran parte del país, que amenaza la estabilidad regional y que ya ha sepultado cualquier posibilidad de democratización del país, con los políticos civiles escondidos para evitar represalias y la población sufriendo las dramáticas consecuencias de la guerra. Hasta la fecha, y según Naciones Unidas, las víctimas mortales se acercan al millar, aunque las estimaciones son muy superiores; hay un millón de desplazados internos que huyen de la violencia; y más de 300.000 sudaneses se han visto obligados a refugiarse en los países limítrofes: una crisis humanitaria que, por la peligrosidad del conflicto, ninguna organización nacional o internacional puede hacer frente si no media el cese de las hostilidades o se aseguran corredores humanitarios.

Después de varias semanas de enfrentamientos, la contienda ha entrado en una fase de desgaste ante la constatación de que ninguna de las partes, muy disímiles en sus capacidades y tácticas militares, ha conseguido imponer su voluntad y lograr la victoria. El ejército de Sudán —alrededor de 200.000 efectivos— cuenta con carros y aviones de combate, así como con artillería de largo alcance para defender sus posiciones; pero esta superioridad no ha sido suficiente para doblegar a las Fuerzas de Apoyo Rápido (entre 100.000 y 150.000 paramilitares), más ligeras y móviles, que controlan muchos barrios capitalinos donde, como hacían sus predecesores *janjaweed*, saquean y violentan a los habitantes, y

también a los de las ciudades vecinas de Bahri y Omdurman, que igualmente son víctimas de la violencia y los bombardeos. Una población que, sin protección alguna, intenta escapar de un intenso y permanente fuego cruzado, que no ha remitido a pesar de los ceses temporales del fuego acordados por los líderes beligerantes desde que comenzó el conflicto.

En la actualidad, Jartum es una ciudad desolada y devastada por la guerra, donde impera la anarquía, escasean la comida y los recursos más básicos, los cortes de energía son constantes y cientos de cadáveres permanecen en las calles, con el consiguiente riesgo de infecciones. Además, la escasez de suministros sanitarios, oxígeno y equipos médicos impide atender a los miles de heridos por los combates callejeros y los bombardeos en los pocos hospitales —tan solo 26— que ahora prestan un muy precario servicio en la capital. Ante esta situación, y gracias a la presión internacional, las partes beligerantes acordaron, el pasado 17 de mayo, un compromiso para permitir la asistencia humanitaria y el restablecimiento de la electricidad, retirar las fuerzas de seguridad de los hospitales y recoger a los muertos para darles un entierro digno.

Y, aunque el epicentro de los combates permanece en la capital, el conflicto ya se

extiende por distintos estados sudaneses; al tiempo que la región oriental de Darfur —límitrofe con Chad— se ha convertido en el segundo foco más importante de los enfrentamientos entre ambas facciones. Una zona ya totalmente devastada desde 2003 por la extrema violencia de los milicianos *janjaweed* que, reconvertidos en las RSF en 2013, han reavivado los saqueos y la persecución de las tribus negras. Por el momento, hay cientos de víctimas mortales y miles de darfuríes están cruzando, como antaño, la frontera chadiana para huir de la brutal violencia y la escasez de alimentos.

REACCION INTERNACIONAL

En Sudán, muchos consideran que la extensión del conflicto va a depender del apoyo externo que reciban las dos partes enfrentadas, porque ninguna de ellas está demostrando interés alguno en poner fin a los combates. Al principio de la crisis, distintos analistas denunciaron que el grupo de mercenarios rusos Wagner estaba prestando apoyo aéreo y suministrando armamento a las RFS, aunque a día de hoy no consideran que sean una fuerza decisiva en esta batalla. Egipto —principal aliado de al-Burhan en la transición y omnipresente en la política sudanesa— ha optado por la no injerencia y aboga por alcanzar un alto el fuego permanente, aunque *Hemedti* ha denunciado a Egipto por apoyar a al-Burhan mediante el envío de soldados y aviones de combate, unas acusaciones rechazadas por el gobierno de Al Sissi. Mientras el mariscal Khalifa Haftar, jefe del Ejército Nacional Libio ha negado las acusaciones que le señalan como valedor y apoyo de los paramilitares de *Hemedti*.

En este contexto, China, trascendental socio comercial y principal financiador de Sudán desde los noventa, se muestra reacia a involucrarse en los esfuerzos de paz, pero intentará trabajar con un nuevo gobierno para preservar la estabilidad y su enorme inversión en infraestructuras sudanesas, especialmente petroleras. Finalmente, Arabia Saudí y



Una niña traslada a su hermana en un campo de refugiados próximo a la frontera con Egipto.

Emiratos Árabes Unidos también tienen un rol determinante en la situación que atraviesa Sudán: en 2019, ambos se implicaron en la conformación de un gobierno de transición afín a sus intereses, aunque —desde el golpe de estado de 2021 y hasta el estallido del conflicto— se han posicionado, respectivamente, con al-Burhan y *Hemedti*.

En el plano continental, la Unión Africana (UA) ha condenado con dureza la guerra en Sudán, que está suspendida de participar en las actividades de la organización desde el golpe de estado de 2021. Aunque su contribución real a la resolución está siendo muy limitada, en la sesión especial sobre Sudán celebrada el 20 de abril pidió un alto el fuego humanitario inmediato, exigió a los beligerantes establecer corredores humanitarios, regresar al diálogo político para el establecimiento de un gobierno inclusivo dirigido por civiles, y rechazó enérgicamente todas las formas de interferencia externa. «Este conflicto —subrayó el comisionado de Asuntos Políticos, Paz y Seguridad de la UA— presenta un riesgo real de conflagración regional e internacionalización similar a la situación en Libia en 2011. Por lo tanto, existe una necesidad imperiosa de que la comunidad internacional hable con una sola voz y en coordinación con la Unión Africana».

Fuera de África, Naciones Unidas lidera el esfuerzo internacional por alcanzar un alto el fuego permanente para evitar que esta guerra se convierta en una crisis regional más amplia y, sobre todo, para aliviar el sufrimiento de la población sudanesa y conseguir que pueda tener acceso a la ayuda humanitaria. En igual sentido, la Unión Europea ha demostrado su compromiso de abordar las necesidades urgentes de los sudaneses al proporcionar el transporte de suministros esenciales hasta Port Sudan y asignar fondos especiales para ayuda humanitaria a Sudán; además de facilitar —a través de la activación del Mecanismo de Protección Civil de la UE— las evacuaciones de ciudadanos de los Estados miembros y nacionales de terceros países.

FUTURO CONVULSO

Aunque los primeros acuerdos de alto el fuego se gestaron con la mediación de Sudán del Sur, en representación y por encargo de la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo en África Oriental (IGAD); desde el 9 de mayo, la ciudad saudí de



Kyoto/EEF

Los conflictos en Jartum han convertido la capital en un caos donde la población intenta escapar del fuego cruzado sin ningún tipo de protección.

Yeda es la sede oficial de las negociaciones entre las dos facciones rivales en Sudán. Arabia Saudí, con el firme respaldo de Estados Unidos y la implicación directa de la Liga Árabe, se ha convertido en el principal mediador para la resolución del conflicto. Por el momento, los avances sobre el terreno han sido muy limitados y el final del conflicto aún se prevé lejano. No obstante, todas las esperanzas están ahora puestas en el acuerdo de cese de las hostilidades suscrito por representantes de las SAF y las RFS el 20 de mayo en Yeda y que, en teoría, debía entrar en vigor el 22 (firmado inicialmente para un periodo de siete días, fue prorrogado aunque sobre el terreno ninguna de las partes ha cesado los ataques). Tras la firma de este acuerdo, en un comunicado público, el Departamento de Estado de EEUU declaró su confianza en que las conversaciones posteriores abordarán los pasos necesarios para alcanzar un acuerdo permanente de paz, que «debe

ser liderado por la sociedad sudanesa, con el apoyo de la comunidad regional e internacional, en un proceso político para reanudar una transición democrática y formar un gobierno civil».

Con todo, la comunidad internacional —con mayor protagonismo de África («soluciones africanas a problemas africanos») y Naciones Unidas— debería redoblar sus esfuerzos para asegurar una paz duradera, garantizar un gobierno legítimo y restaurar una hoja de ruta que, a través de un proceso político liderado por la sociedad sudanesa, permita la instauración de la ansiada democracia en Sudán, que es hoy la primera víctima de este conflicto. Ahora, es urgente evitar el colapso total de este gigante africano y, como primera prioridad, detener el enorme sufrimiento de una población indefensa y hastiada de tanta violencia. Sin embargo, y respecto a las negociaciones en curso, no conviene olvidar que cerrar en falso esta guerra —con la permanencia del poder militar en Jartum— tendrá consecuencias extremadamente graves no solo dentro del país, sino también para toda la región. Sin duda, aquellos que han llevado a su población a una guerra fratricida, difícilmente podrán ser los artífices de un futuro seguro y próspero para Sudán.

Coronel (ET) Jesús Díez Alcalde

Jefe de la Unidad de Análisis de Seguridad Nacional
Coadtor del libro *Los conflictos de Sudán*
(Ministerio de Defensa, 2008)

La ONU estima que ya hay cerca de un millar de fallecidos y más de un millón de desplazados